
La energía en el nuevo desorden geopolítico

Marta Sánchez Álvarez

La energía ha sido históricamente un factor clave en la configuración del poder y el orden mundial. En el siglo XX, el petróleo y el gas natural influyeron e incluso motivaron una buena parte de los conflictos internacionales y también de las alianzas estratégicas que se tejieron. En el siglo XXI, la crisis climática, las guerras, el camino hacia la descarbonización y el desarrollo de nuevas tecnologías están reformulando profundamente las prioridades y las políticas energéticas globales. En este nuevo escenario, la geoestrategia se hace mucho más compleja, añadiendo nuevos factores a los combustibles fósiles, como el acceso a los minerales críticos, la innovación y competitividad en el desarrollo de energías renovables y el dominio de las cadenas de suministro tecnológicas.

Los cambios geopolíticos recientes –como la guerra en Ucrania; el aumento de la rivalidad entre China y EE. UU. impulsada por Trump; el despertar de Europa en su esfuerzo por revitalizar su industria y convertir la descarbonización y la lucha contra el

cambio climático en una oportunidad para mejorar su posicionamiento estratégico y competitivo; así como el ascenso de países como Arabia Saudí e India, que aceleran y escalan posiciones en el nuevo orden mundial— han puesto en evidencia el impacto y la importancia de la política energética en la lucha por la influencia política y económica mundial. Estados Unidos, China, Europa, Rusia... Cada uno de ellos diseña su política y su estrategia energética para sacar el máximo valor a sus recursos y tratar de liderar el desarrollo industrial, la innovación tecnológica y, sobre todo, no depender de terceros... Hagamos un repaso de las diferentes estrategias de cada uno de ellos para entender lo que está sucediendo ahora mismo en el tablero de la primera división mundial.

Estados Unidos: autosuficiencia y energía barata

Estados Unidos parte de una posición ventajosa en términos de seguridad energética y acceso a precios de la energía baratos. Desde el auge del *fracking* a partir de 2010, el país ha logrado convertirse en uno de los principales productores de petróleo y gas del mundo. Esta autosuficiencia y la ventaja en términos de costes energéticos, ha tenido un impacto muy positivo en su economía, incentivando la inversión industrial en el país, dándole una clara ventaja estratégica para posicionarse a nivel global.

Durante la Administración Biden, Europa y EE. UU. han vivido una especie de «carrera» por implementar la agenda de transición energética más eficaz, con el objetivo de descarbonizar sus economías, reforzar la competitividad industrial del país, desarrollar nuevos sectores industriales y crear empleo. La aprobación del *Inflation Reduction Act* (IRA) en 2022, con cerca de 370.000 millones de dólares, tenía objetivos claramente geoestratégicos buscando relocalizar industrias clave, reducir la dependencia de China y mejorar su posición para competir globalmente.

La llegada de Donald Trump ha supuesto un giro radical en la política energética de Estados Unidos. La más sonada, quizás, haya sido la salida del acuerdo de París, pero la realidad es que se están desmantelando muchas de las iniciativas de transición energética que se habían puesto en marcha. En pocos meses y a toda velocidad, se está llevando a cabo la suspensión de regulaciones ambientales con el objetivo de acelerar proyectos de extracción de petróleo y gas, incluyendo perforaciones en el Ártico, y la ampliación de la capacidad en las terminales de gas natural licuado (GNL) para la exportación. Todo ello con un claro foco de fortalecer la posición de Estados Unidos como exportador de gas y petróleo. A esto le ha ayudado la crisis energética generada por la guerra de Ucrania, que ha dejado a Europa y, especialmente, a países como Alemania, con alta dependencia de las importaciones de GNL estadounidense para sustituir al gas ruso. A esta política de apuesta por los combustibles fósiles, se están sumando recortes millonarios en los programas de desarrollo de energías renovables y de captura de CO₂. Ciertamente, el orden geopolítico entra en un nuevo escenario donde un «actor principal» decide desviarse y tomar una senda divergente del resto.

Antes de analizar la respuesta política y estratégica de Europa, creo que es mejor revisar la política energética china. Los *drivers* detrás de la estrategia china no difieren demasiado de los de Estados Unidos: priorizar y buscar en el corto plazo la seguridad energética y costes de energía bajos a costa de no reducir emisiones. China es el mayor consumidor mundial de energía y el mayor emisor de CO₂, sigue dependiendo fuertemente del carbón para mitigar su dependencia energética del petróleo –importa más del 70 % de su consumo. Además, ha mantenido los precios bajos de la energía para su industria a través de ayudas estatales y control centralizado. No obstante, su política estratégica a largo plazo sí apuesta por el desarrollo y la inversión en tecnologías de transición energética

—actualmente es el país del mundo que más invierte en energías renovables (el doble que la Unión Europea) y es el que más está avanzando en la electrificación de su economía.

China ha adoptado una política exterior enfocada en asegurar suministros de energía y minerales estables y diversificados y, para ello, está financiando el desarrollo de infraestructuras energéticas en África, Asia Central y Oriente Medio; con el objetivo de controlar las rutas de transporte y tener alianzas que le aseguren los suministros. Además, ha establecido acuerdos a largo plazo con productores de gas y petróleo, como Rusia —que mira a Asia tras las sanciones de la Unión Europea—, Irán y Venezuela. Esta estrategia le permite reducir su exposición a los mercados dominados por Occidente y aumentar su influencia política y económica en regiones cada vez más importantes.

Otra de las apuestas de China en materia energética es liderar el desarrollo de la industria *cleantech*. Actualmente, ya es el mayor productor mundial de paneles solares, baterías y vehículos eléctricos, y controla buena parte del procesamiento global de minerales críticos. Yo diría que es una estrategia «sencilla». Si el mundo avanza en la transición energética, China será más rica y poderosa porque será el suministrador principal de la tecnología para hacerlo posible.

De Rusia no hay que hacer un análisis muy profundo para entender que durante décadas fue tejiendo la dependencia de Europa de su gas natural, ofreciendo precios preferenciales a sus aliados y facilitando el desarrollo de infraestructuras transeuropeas. La invasión de Ucrania en 2022 cambió drásticamente la situación y provocó una crisis energética en Europa, con precios de la energía «estratosféricos», que provocaron una escalada de inflación y demostraron que la energía puede ser un arma estratégica, y cómo la dependencia puede convertirse en una vulnerabilidad geopolítica.

Y llegamos a Europa. Frente a las políticas y estrategias de Estados Unidos y China, que priorizan la seguridad y la reducción de costes energéticos a corto plazo (si bien China ya está al mismo tiempo avanzando hacia una visión de más largo plazo), nos encontramos con la situación actual de Europa. El viejo continente ha llevado históricamente la bandera de la lucha contra el cambio climático. El Pacto Verde Europeo, lanzado en 2019, y su paquete legislativo *'Fit for 55'* nos han fijado objetivos ambiciosos de reducción de emisiones, eficiencia energética y despliegue de renovables que hemos incorporado a nuestra bandera.

La realidad es que el diseño de la estrategia energética europea parte de una situación complicada y con desafíos importantes. Sin el gas de Rusia barato, obligada a importar GNL –sobre todo desde Estados Unidos–, el precio en Europa es de media tres veces más caro que el americano y, aproximadamente, el doble del precio que paga la industria china. Esto impacta directamente en el precio de la electricidad europea (aunque cada vez en menor medida gracias al despliegue de energías renovables), si bien es cerca del doble que el de sus dos máximos competidores en la geoestrategia mundial, debido principalmente a su mayor carga fiscal (el suministro eléctrico ha sido tradicionalmente una *«cash cow»* para las arcas públicas). Estos diferenciales de precios energéticos tienen un impacto directo en la competitividad de la industria europea e, incluso, cuestionan la viabilidad de sectores como la siderurgia, la química o el sector del automóvil en suelo europeo.

Ante esta situación tan compleja y en parte para responder al IRA de Estados Unidos y evitar una fuga de inversiones hacia el otro lado del Atlántico o hacia Asia, en 2023, se presenta el Green Deal Industrial Plan. En este contexto, la Unión Europea diseña un plan y define una estrategia para reforzar la competitividad de su industria de tecnologías limpias, que incluye la solar, eólica, baterías, hidrógeno y captura de carbono. Este enfoque se basa en

la simplificación de los permisos para acelerar las inversiones, la creación de una regulación clara y predecible, la mejora del acceso a la financiación, y el desarrollo y refuerzo de las capacidades internas a través de la formación y el desarrollo de los trabajadores.

Pero creo que el verdadero impulso y punto de inflexión decisivo de Europa llega en 2024. El año pasado la nueva Comisión Europea inicia su mandato en un contexto geopolítico complejo, con tensiones globales crecientes. Ante este escenario, la Comisión da un paso adelante impulsado por el Informe Draghi y sus recetas para recuperar el posicionamiento internacional de la Industria europea y presenta el Clean Industrial Deal.

El Clean Industrial Deal es una pieza clave para reposicionar a la Unión Europea frente a Estados Unidos y China y asegurar la capacidad de crecimiento y posicionamiento competitivo de su industria a largo plazo. Innovación, descarbonización y seguridad económica, son los tres pilares sobre los que Europa debe construir su estrategia y sobre los que tiene una oportunidad para garantizarse una posición mundial acorde a su historia.

Las dos primeras están íntimamente ligadas a las transiciones verde y digital, pilares de la estrategia europea en los últimos años, pero que ahora deben ser reorientadas para adicionalmente servir para impulsar la seguridad económica. En este marco, la descarbonización ya no se plantea únicamente como una obligación climática, sino como una palanca estratégica de competitividad y autonomía energética.

Descarbonizar sin perder competitividad: una oportunidad alcanzable para Europa

Históricamente, la reducción de emisiones y la competitividad industrial se han percibido como objetivos no compatibles. Sin

embargo, economías sólidas como las de Estados Unidos, China, Australia y la propia Europa, entre otras, han demostrado que es posible reducir las emisiones al mismo tiempo que se impulsa el crecimiento económico. La clave para avanzar en esta línea es combinar adecuadamente políticas industriales, energéticas y de innovación, así como concentrar los esfuerzos en aquellas alternativas sobre las que Europa pueda realmente construir nuevas fortalezas.

En este sentido, la descarbonización de la industria europea es clave para garantizar su crecimiento, reduciendo la exposición al precio del gas importado, creando nuevas oportunidades de inversión y empleo, y convirtiendo a Europa en líder global en tecnologías renovables y sostenible. Europa no es un productor relevante de petróleo o gas natural, por lo que siempre estará en desventaja respecto a los países productores (*e.g.*, la logística de la importación de GNL supone unos 20 €/MWh de sobrecoste respecto a su precio en origen). El desarrollo de energías renovables autóctonas competitivas, junto con la adaptación de la industria para poder utilizarlas de la mejor manera posible, debe permitir a Europa avanzar en la reducción de su dependencia energética, lo que a su vez permitirá que su industria pueda competir globalmente gracias a la reducción de los costes energéticos.

No obstante, para llevar a cabo esta transformación, es imprescindible establecer un marco político y regulador eficaz que combine medidas horizontales, como el acceso a electricidad a precios competitivos a través del despliegue masivo de nueva capacidad de generación renovable (se requiere acelerar la concesión de permisos) y la reducción de impuestos y cargos en las facturas de los consumidores, el desarrollo y fortalecimiento de las redes para el transporte y la distribución de electricidad y gases renovables; así como un acceso ágil a la financiación. Además, es necesario implementar medidas y ayudas específicas, de carácter

vertical, que se adapten a las necesidades de cada sector industrial (*e.g.*, en función del grado de madurez de las tecnologías disponibles para poder utilizar las energías renovables autóctonas).

En esta línea de aplicar enfoques sectoriales diferenciados, existe una oportunidad para priorizar y acelerar la electrificación de los procesos industriales consistentes en un consumo de calor por debajo de 500 grados centígrados y principalmente en la forma de vapor. Para estos procesos, que se pueden encontrar en mayor o menor medida en la mayoría de los sectores industriales, ya existen tecnologías maduras (bombas de calor, calderas eléctricas y almacenamiento térmico) y el *funding gap* (ayuda financiera para igualar el coste energético descarbonizado considerando la amortización de la inversión) se va estrechando. De acuerdo con un estudio recientemente realizado por EY, con estas tecnologías se podría electrificar hoy el 25 % de todo el calor consumido en la industria europea, requiriéndose unas ayudas que sumarían algo más de 50.000 millones de euros –en el orden de magnitud de lo que las arcas públicas ingresan en un solo año con los derechos de emisión de CO₂ que, entre otros, paga la propia industria. Es decir, sólo con esta medida se reduciría en un 25 % los combustibles fósiles consumidos por la industria y ésta quedaría modernizada y en posición de poder aprovechar la oportunidad que crea el despliegue masivo de renovables.

Por otra parte, en aquellas industrias donde las tecnologías de descarbonización aún no están suficientemente desarrolladas debido a sus requerimientos energéticos, es necesario seguir promoviendo la innovación tecnológica, *e.g.*, a través del desarrollo de clústers industriales; los cuales permitirán capturar sinergias en el desarrollo de proyectos industriales de descarbonización y, sobre todo, acompañar el desarrollo de la demanda con la inversión en tecnología.

En definitiva, Europa tiene que aprovechar sus oportunidades y, su «as» en la manga es la transición energética. La reducción de

los precios de la energía, la disminución de la dependencia energética y el cumplimiento de los objetivos de reducción de emisiones sólo serán posibles mediante el desarrollo de tecnología *in-house*, la promoción de energías renovables y el alineamiento de la política fiscal.

La energía, lejos de perder relevancia geopolítica con la transición energética, se ha convertido en un eje aún más complejo en el poder global... Precio y seguridad delimitan el campo de juego, la clave está en el impacto positivo que tendrá la política medioambiental para conseguirlo.

En este nuevo escenario, España se encuentra en una posición privilegiada. Su potencial en energías renovables (alta disponibilidad de sol y viento), su compromiso con el desarrollo de tecnologías limpias y su buena ejecución de los fondos Next Generation EU la convierten en uno de los países mejor posicionados para liderar la transición energética y la reindustrialización verde de Europa.

Si se mantiene el ritmo reformista y se asegura un marco estable para la inversión, incluido el alineamiento de la política fiscal, España podría no sólo descarbonizar su industria, sino también atraer nuevas cadenas de valor, generar empleo y consolidarse como un *hub* energético e industrial en el continente europeo.

M. S. Á.